

por todas partes opone el ejército á la insurrección triunfante, concede algún descanso á la guardia nacional que tan noble conducta ha observado y se muestra en todo á la altura de la misión que se le encargara: es un gran militar que no duda ya de la victoria y que la sujeta á su carro.

Los generales que han sido sus compañeros de armas en África le secundan noblemente; Lamoriciere entre todos lleva el valor hasta la locura; montado en un caballo negro y cubierto con su blanco albornoz, pasa como un huracán en medio de las balas y desafía á la muerte que se ceba con furor en cuanto le rodea.

Damesne, Neguier y Duvivier caen mortalmente heridos; Brea es vilmente asesinado y Bedeau, aunque herido, no abandona su puesto ni un instante.

El peligro de la patria improvisa generales: tres representantes, Clemente Thomas, Bixio y Dornes son heridos al frente de las tropas; Lamartine y Francisco Arago han dirigido en persona el ataque de las barricadas del cuartel de Santiago; el Panteón, convertido por los sublevados en una ciudadela, es tomado por asalto; ocupanse las barreras del Norte, los insurrectos que las defendían son lanzados fuera de París y la sublevación, en la que habían tomado parte más de cincuenta mil hombres, queda encerrada en el arrabal de San Antonio.

Un sacerdote, precedido de un parlamentario que agita una rama de olivo en señal de paz, se adelanta solo por la plaza de la Bastilla á las seis de la tarde; es el arzobispo de París, Mons. Affre que quiere probar la fuerza de su ministerio evangélico sobre aquellos hombres extraviados; á su vista suspéndese el fuego por ambas partes; habla, suplica, todos le escuchan, las armas caen de las manos del pueblo, cuando un tiro de fusil pone fin á la cristiana misión del prelado, que cae herido de muerte, sobreviviendo pocas horas á su herida.

Después de tan do'oroso episodio se traba de nuevo el combate, que es interrumpido por un armisticio que debe expirar el día siguiente 25 á las diez de la mañana: el general Cavaignac debe bombardear el arrabal si los sublevados no se rinden sin condiciones.

Al llegar las diez el arrabal se rinde y el general dice en una proclama al ejército y á la guardia nacional: «En París hay vencedores y vencidos; ¡sea maldito mi nombre, si consintiese que hubiera víctimas! ¡La justicia hará su deber!»

La Asamblea había decretado que los insurrectos cogidos con las armas en la mano fuesen deportados á las islas Marquesas sin formación de causa

y los prisioneros se elevaban á más de diez mil que habían sido amontonados en los subterráneos del Palacio Real, de las Casas Consistoriales y de las Tullerías.

Durante la acción muchos habían sido pasados por las armas y la guardia nacional y la movilizadada, excitadas por mil absurdas relaciones acerca de las supuestas atrocidades cometidas por los sublevados, llevaron la venganza hasta la crueldad.

Los jefes de aquella gran batalla popular no pudieron ser descubiertos, y acerca de sus nombres se guardó el más profundo secreto, aun en los mismos consejos de guerra organizados para juzgar á los principales culpables, siendo los demás, que ascendían á unos ocho mil, enviados á Belle-Isle-en-Mer, hasta que pudieron ser deportados en masa.

Las pérdidas que en aquel combate tuvieron los sublevados fueron cinco ó seis mil muertos y las que tuvo el Gobierno, aun cuando éste no reveló las que había sufrido, calcúlense en la cuarta parte de aquel total.

El más terrible de todos los actos de la batalla de Junio fué sin disputa alguna el último: los guardias nacionales de los departamentos inmediatos habían acudido en defensa de la República y de la Asamblea nacional, y parte de ellos acampaban en la plaza del Carrousel en ocasión en que salía del subterráneo de las Tullerías una columna de prisioneros desarmados, éstos intentaron fugarse, y entre la alarma que produjo este hecho, los guardias nacionales se fusilaron entre sí.

La victoria que había obtenido la capital parecía que la asustaba; el estado de sitio hacía pesar una especie de terror sobre las cabezas más inofensivas y los periódicos de la oposición se hallaban suspendidos; Emilio Girardin, redactor de *La Prensa*, estaba incomunicado en la Conserjería, el desarme se llevaba á cabo sin dificultad y las visitas domiciliarias y las prisiones se multiplicaban cada día.

El nombre del general Cavaignac era bendecido como el de un libertador por todas las clases, excepto por las bajas, que le consideraban como un tirano.

Inauguróse la dictadura bajo los auspicios de *El Nacional* que ante todo se ocupó del cambio de ministros. Duclerc, que no quiso abandonar á la Comisión ejecutiva, fué reemplazado en Hacienda por Gaudchaux; Bastide, nombrado para el departamento de Marina, volvió en breve al de Negocios extranjeros que le devolvió el general Bedeau, retenido en el lecho del dolor por su herida.

El nombramiento de Bedeau, así como el de

Lamoriciere para la cartera de Guerra, tuvo por objeto halagar la opinión pública que ponderaba la conducta de los dos intrépidos africanos.

Senard fué destinado al Interior y Recurt á las Obras públicas; Carnot y Flocon cedieron el Comercio y la Instrucción pública á Vaulabelle y á Lourret, y Bethmont que, después de la borrasca del 15 de Mayo, habíase dejado instalar maquinalmente en el departamento de Justicia abandonado por Cremieux, permaneció en aquel puesto hasta que otro abogado, Marie, le libró de aquella carga harto pesada para él.

Elevado por un momento Marie á la presidencia de la Cámara tuvo por sucesor á Marrast, quien confió la Alcaldía de París á la honrada incapacidad de Recurt.

Y mientras todo esto tenía lugar, el general Cavaignac obraba absolutamente desde su palacio de la calle de Varennes, y merced á la influencia de sus amigos de *El Nacional*, tenía á la Asamblea en sus manos.

Por entonces, el bonapartismo tomó un incremento temible, pues Luis Napoleón por segunda vez fué elegido por París y en otros tres departamentos por una inmensa mayoría, aumentada considerablemente por el ruido que movió su dimisión y por la activa propaganda de las juntas napoleónicas.

En el caso presente, no era ya posible rechazarle, y admitido en virtud del dictamen de Julio Favre, subió á la tribuna, y al ofrecerse por primera vez á las miradas de Francia pronunció estas palabras: «Después de treinta y tres años de proscripción y de destierro, encuentro por fin otra vez mi patria y mis derechos de ciudadano; tanta felicidad es debida por mí á la República, reciba pues la República mi juramento de fidelidad, y estén seguros los generosos compatriotas que me han elevado hasta estos escaños, que me esforzaré para justificar sus votos trabajando con vosotros por la conservación del orden, primera necesidad del país, y por el progreso de las instituciones democráticas, que el pueblo con justicia reclama.»

Á partir de aquel momento el nombre de Napoleón no cesó de resonar como un eco de gloria y de prosperidad á los oídos del pueblo, y el partido de *El Nacional* creía deber sentir menos temor por aquel nuevo bonapartismo que por el socialismo de Luis Blanc y los planes de Caussidiere, pues ambos aspiraban á la presidencia de la República, á la dictadura de la Francia y á la completa refundición de la sociedad.

Caussidiere y Luis Blanc fueron denunciados como cómplices del atentado del 15 de Mayo y una comisión especial examinó la conducta de los dos representantes sospechosos.

En el dictamen leído á la Asamblea opinaban por la formación de causa, y aunque Luis Blanc se defendió con victoriosa elocuencia y Caussidiere con fingida candidez, la Asamblea los entregó á la justicia criminal.

Sin embargo, ambos se sustrajeron al mandato de prisión que les esperaba en la puerta de la Cámara y se refugiaron en Inglaterra, que les proporcionó un asilo del mismo modo que lo había hecho con Luis Felipe destronado por ellos.

La Cámara se hallaba en completa reacción, y si bien el poder dictatorial, vivamente atacado por Víctor Hugo, vióse obligado á renunciar al estado de sitio y á los actos de arbitrariedad contra la prensa, aquel poder nacido de la guerra civil había intentado robustecerse, llamando á su seno dos ministros extraños á *El Nacional*, á Dufaure al Interior y á Vivien á las Obras públicas.

El antiguo tercer partido ganaba terreno; los legitimistas, los orleanistas y los nacionalistas se hallaban de acuerdo para ahogar las doctrinas socialistas aprisionando al Gobierno republicano con los lazos de la política, y la Constitución, obra bastarda del presidente Marrast, que por un momento pudo creer en sus destinos de legislador, era discutida sin patriotismo, sin verdad y sin grandeza.

Entonces era Marrast el mayordomo y el anfitrión de la Asamblea; daba fiestas en el palacio de la Presidencia con aires de aristócrata y hacía soltar la risa ante su esplendor de advenedizo, y si bien Cavaignac desempeñaba un papel análogo, la verdad es que lo hacía con más dignidad y así era como le adoraban los habitantes de París.

Merced á él, una tranquilidad profunda reinaba en el país; pero aquellos republicanos improvisados cuidábase muy poco de la aplicación de sus principios, y su conducta, respecto de los pueblos, era más egoísta aún que la observada por los ministros de Luis Felipe, á quienes acusaron de humillar á la Francia ante las demás naciones.

El manifiesto de Lamartine era desmentido á cada paso y las aspiraciones y las esperanzas de otros pueblos, sucumbían con los ojos vueltos á la Francia que prometiera socorrerlas, y que se negaba á tenderles la mano.

La resolución votada por la Asamblea en 24 de Mayo: «Pacto fraternal con Alemania, reconstitución de la Polonia, emancipación de la Italia» no

había sido inscrita en la bandera de la República, y Francia, aislada en su egoísmo, asistía con indiferencia á la derrota de los pueblos que á su ejemplo se levantarán.

El mariscal Radetzky había entrado otra vez en Milán; las ciudades de la Lombardía volvían al poder de Austria; Carlos Alberto, vencido por su enemigo, había debido aceptar una capitulación para salvar su corona; el rey de Nápoles reconquistaba la Sicilia; pero Venecia resucitada á la voz de Manin se disponía á sostener un prolongado sitio; Roma se agitaba y la partida del papa Pío IX entregábala á Mazzini y á la república; Viena y Berlín hacían un nuevo esfuerzo armado para la unidad de Alemania, que se agitaba expirante en la dieta de Francfort; Praga se rebelaba contra el Emperador; la Hungría proclamaba la Independencia; y en tanto Francia, ó mejor dicho su dictador, tapábase los oídos á fin de que no llegasen hasta ella los suplicantes clamores de los vencidos.

Francia tuvo por fin una Constitución, muy frágil por cierto, por la carencia de leyes orgánicas que nadie se cuidaba de votarlas ni aun de estudiarlas, y así llegó al gran asunto del día, que era el nombramiento de Presidente de la República.

Los partidos no habían retrocedido ante medio alguno para cosechar votos; Ledru-Rollin y Raspail eran secundados por los esparcidos restos de los clubs y de las sociedades secretas, y con igual objeto Cavaignac empleaba los poderes de que se hallaba investido.

Algunos imprudentes partidarios abogaban por el despolarizado Lamartine, ilustre víctima de su patriotismo y de su gran corazón.

Con los recuerdos de su pasada gloria, Napoleón era el nombre que oscurecía á todos los demás, y su candidatura, difundida por sus ardientes amigos, tuvo desde un principio grandes probabilidades de éxito.

Verificadas las elecciones en 10 de Diciembre entre una emoción inmensa, el escrutinio proclamó el siguiente resultado: Luis Bonaparte, cinco millones cuatrocientos treinta y cuatro mil doscientos veintiséis votos; Cavaignac, un millón cuatrocientos cuarenta y un mil ciento siete votos; Ledru-Rollin, trescientos setenta mil ciento diez y nueve votos; Raspail, treinta y seis mil novecientos veinte y Lamartine diez y siete mil doscientos diez votos.

En 20 de Diciembre el general Cavaignac sube á la tribuna y depone sus poderes junto con la dimisión colectiva de todos sus ministros.

Sucédele entonces Luis Napoleón, que por parte

de la Asamblea es recibido con frialdad y desconfianza, pues desde el principio se había mostrado hostil á su elección.

Leída por el presidente Marrast la fórmula del juramento, Luis Napoleón contestó con firme voz y levantando su mano derecha: «Lo juro», proclamándole entonces Marrast Presidente de la República francesa y la Asamblea con solemne unanimidad grita: ¡Viva la República!

De los dos poderes que de consuno estaban llamados á gobernar, solamente uno se había nombrado, el Presidente; pero no sucedía lo propio con el otro, la Asamblea legislativa.

La Constituyente, único árbitro de sus destinos, quiso prolongar los suyos propios y para conservar el poder se parapetó tras la necesidad de elaborar las leyes complementarias de la Constitución.

Con una Asamblea en su mayoría hostil é investida de una verdadera soberanía tuvo que gobernar el Presidente hasta fin de Mayo de 1849, resistiendo además á las numerosas peticiones que la inclinaban á disolverse, llegando á ser objeto de las más acaloradas discusiones la famosa proposición de Rateau que fijaba un término á las tareas de la Asamblea.

También la expedición á Roma dió objeto para batallas parlamentarias, mucho más vehementes aún, pero por fin la Constituyente se disolvió el 27 de Mayo de 1849.

Al reunirse la Asamblea legislativa contaba aún doscientos diputados ultra-democráticos, de los setecientos cincuenta que constituían el Congreso, pero la mayoría se hallaba muy dividida por efecto de la Constitución de 1848, que no la aceptaban sino como terreno de lucha contra la anarquía, ni al Presidente sino como medio de salvar el orden, como transición entre la república y la monarquía.

Un nuevo motín democrático estalló el 13 de Junio dirigido por Ledru-Rollin, y aun cuando fracasó, dió á conocer el profundo trastorno de que se hallaban poseídos los ánimos.

Si bien el Poder y la Asamblea trabajaron en una especie de restauración política y religiosa, su armonía no duró mucho; pues que el Presidente no sin cierto pesar, consintió en la ley electoral de 31 de Marzo de 1850, la cual restringía el sufragio universal y eliminaba, por las condiciones que imponía, cerca de tres millones de electores.

Con actividad ocupábase Luis Napoleón de la administración al mismo tiempo que se aplicaba á conocer al país y á que éste le conociese. Y así con sus viajes, discursos y actos conquistaba grande in-

fluencia, de manera que no aparecía candidato alguno que pudiera disputarle los votos en 1852.

Sin embargo, los socialistas y los republicanos esperaban triunfar en las elecciones de aquel año, y de ser así, lo más probable era que Luis Napoleón tendría que deponer en manos de aquéllos la jefatura del Gobierno.

El Presidente necesitaba prepararse para sostenerse en el poder y pretendía la revisión de la Constitución de 1848, pero en un sentido mucho más restrictivo.

Las peticiones reclamando aquella revisión ora total, ora parcial, fueron extraordinarias, y cada partido pretendía que esta revisión se hiciera bajo el punto de vista de sus aspiraciones.

Una mayoría de tres cuartas partes de votos era necesaria para la revisión, y en la primera votación de la Asamblea, que fué el 19 de Julio, quedó rechazada.

El partido que se acababa de tomar era terminante, la hostilidad patente: desde aquel día dejó la Asamblea de merecer la confianza de la opinión pública.

No quedaban ya en Francia más que dos sistemas posibles: el socialismo ó el imperio.

El socialismo era la anarquía, la miseria: doctrina absurda inaplicable, extraño cúmulo de aspiraciones insensatas, contradictorias; el socialismo que amenazaba la propiedad en el hermoso país de Francia que encierra diez millones de propietarios; el socialismo que iba á ser un peligro real, inminente, inevitable, si no se levantaba un hombre dispuesto á sacrificarse para derribarle.

Á tal punto había llegado la perturbación del orden moral, que ya había logrado el socialismo atraerse á todo el que sufría, á todo el que ambicionaba; puesto que por medio de las sociedades secretas había logrado dominar á los hombres más groseros.

Sobre todo, en los subterráneos donde se reunían las sociedades, llegaba el vértigo á su colmo; no había reunión misteriosa de cuyo seno no brotaran lo grotesco y lo atroz; siendo siempre teatro de aquellas parodias de la Edad media, alguna taberna de mal nombre.

Allí se leía en público todo cuanto la prensa clandestina arrojaba de más odioso; allí se entonaban himnos al robo, al asesinato y á la guillotina; allí, entre los vapores de la embriaguez, se reparaban el castillo, los prados, los bosques del noble ó del ciudadano, ora fuese la propiedad obtenida por herencia, ora ganada por el trabajo.

Al misterio se unía la intimación cuando era preciso iniciar á algún adepto y aterrarle por medio de un lúgubre aparato capaz de obrar en las imaginaciones descarriadas.

Trémulo, y con una venda en los ojos, se obligaba á todo el desgraciado neófito, sin comprender nada, por medio de horribles juramentos que nada aclaraban, como no fuese la violencia de que eran objeto; uniendo sacrilegamente el nombre de Jesucristo, en la fórmula de aquellos juramentos impíos.

Puesto el iniciado de rodillas sobre dos cuchillos colocados en forma de cruz y sobre dos monedas de cinco francos, se le hacía el siguiente interrogatorio:

—¿Deseas afiliarte en la Sociedad?

—Lo prometo.

—¿Qué es lo que tienes ahora bajo tus manos?

—Dos cuchillos y dos monedas de cinco francos.

—Se han colocado aquí estos dos objetos para demostrarte que si halagado algún día por el interés hacías traición á la Sociedad, se te castigaría con la muerte.

Otra fórmula de iniciación, más salvaje aún, se practicaba en el departamento de Valencia, á saber:

«Juro por esas armas, símbolo de honor, servir á la República democrática social, hasta la muerte. Juro, además, odio implacable y eterno á todos los reyes y á todos los realistas y quiero que sean mis entrañas pasto de las fieras antes que falte á mi juramento; lo juro tres veces en nombre de Jesucristo redentor.

»Juro por mi honor, y en nombre de la santa causa á que pertenezco, ir á donde se me destine con mis hermanos de la Montaña, y prestar auxilio y asistencia á todos los demócratas.

»Lo juro tres veces en nombre de Jesucristo redentor.»

Cuando el neófito había prestado el juramento se le daba el nombre de hijo de la Montaña.

He aquí el interrogatorio que sufría antes el candidato:

«—Oye, ciudadano, se me ha dicho que me habías delatado á la justicia, ¿es esto cierto? Ahora que tienes los ojos vendados y las manos atadas á la espalda, somos dueños de tí, pero queremos antes examinarte.

Si, por ejemplo, tu hermano ó tu padre no eran de tu partido ¿te vengarías? ¿Les harías fuego? ¿Te sería esto sensible?

Ahora mismo acaba de decirnos que el prefecto hace circular algunas listas para la prolonga-